

## **ASTROPHOBOS**

En los cielos nocturnos brillando,  
Sobre abismos lejanos y etéreos,  
Anhelante un día acechaba  
Una seductora, luminosa estrella;  
Cada atardecer surgía en el cielo  
Brillando en el Carro Ártico.  
Místicas bellezas se fundían  
En sus brillantes, dorados rayos;  
Gozosas quimeras descendían  
Con mezclas y olores a mirra,  
Y unos sonos de liras extendían  
Dulces y suaves melodías.  
Allí, pensé, imperaba el placer,  
La libertad y la armonía;  
A cada momentó nacía un tesoro  
Envuelto en flores de loto,  
Y un líquido sonido salía  
Del laúd de Israfel.  
Allí, me dije, existían  
Mundos de increíble felicidad,  
Donde la inocencia y la paz  
Coronaban el trono de la virtud;  
Hombres de luces, sus pensamientos  
Más puros y limpios que los nuestros.  
Y entonces sentí pavor, pues la visión  
Se tornó delirante y roja;  
La esperanza se enmascaró de burla,  
La belleza se cambió en fealdad;  
Una algarabía de músicas chocaron,  
Signos espectrales se entremezclaron.  
Con delirantes colores ardió la estrella  
Que antaño vislumbré tan bella;  
Todo era triste, ya no había felicidad,  
y en mis ojos destelló la verdad;  
Un pandemonio salvaje desfiló  
Ante mi enfebrecida visión.  
Ahora conocía la diabólica fábula  
Que portaba aquel dorado esplendor,  
Ahora evitaba la tétrica luz  
Que antaño admiré con fervor;  
Y un miedo espantoso y mortal  
¡Ha apresado mi alma por siempre jamás!

Nov. 21, 1917

## **ESPEJISMO**

No sé si existió alguna vez ese mundo  
Flotando perdido en las aguas del tiempo.  
Yo lo he visto a menudo, con su bruma violada,  
Parpadeando en el fondo de algún sueño vago:  
Sus torres extrañas, insólitos ríos,  
Laberintos inmensos, luminosas cavernas,  
Y cielos enmarañados, como esos que tiemblan,  
Ansiosos, al presagio infernal de la noche.  
Sus marejales llegan a la costa juncosa y desolada  
Donde unos pájaros inmensos giran;  
Y en la cima ventosa  
Un pueblo antiguo yergue sus blancos campanarios  
Cuyos repiques vespertinos aún oigo.  
No sé que tierra es ésa...no me atrevo  
A indagar cuándo ni por qué fui o iré allá.

### **A PAN**

En una boscosa hondonada  
Por un riachuelo surcada,  
Meditaba pensativo y sosegado  
Cuando por el  
Sueño fui arrullado.  
Del arroyo una sombra surgió,  
Medio cabra medio hombre se reveló:  
En vez de pies, pezuñas mostraba,  
Y de su mentón una barba colgaba.  
Entre juncos y cañas escondido,  
Tocó dulcemente el híbrido ser;  
Mas nada tenía que temer  
Pues de Pan venía aquel silbido.  
Las ninfas y sátiros se juntaron alrededor  
Para disfrutar del mágico clamor.  
Demasiado pronto del sueño desperté,  
Y a los reinos del hombre retomé;  
Pero en ocultos valles aún puedo escuchar  
Las mágicas notas de la flauta de Pan.

### **PEQUEÑO SAM PERKINS** **(Escrito a la memoria de un gatito)**

El antiguo jardín nocturno  
Parece soportar una pena profunda,  
Como si el peso de una sombra silente  
Se cerniera en el aire.  
La hierba se inclina con profundo pesar,

Incapaz de olvidar todavía,  
Recordando desde ayer,  
Aquellas zarpitas que la agitaron.

### **LA ANTIGUA SENDA**

No hubo mano amiga que me ayudara  
La noche que encontré la antigua senda  
Sobre la colina, cuando creí descubrir  
Los campos que embrujaban mi espíritu.  
Ese árbol, aquel muro: los recordaba bien,  
Y todos los tejados y bosquecillos  
Eran familiares a mi mente,  
como si los hubiera visto poco antes.  
Adivné que sombras se moldearían  
Cuando la perezosa luna ascendiera  
Tras la colina de Zaman, y supe  
Cómo se iluminaría el valle poco después.  
Y cuando la senda subió, alta y agreste,  
Y parecía perderse entre los cielos,  
No temí lo que pudiera ocultarse  
Tras aquellas laderas informes.  
Caminaba decidido mientras la noche  
Se tornaba pálida y fosforescente;  
Los tejadillos de una casa lucían  
Espectrales cerca del escarpado camino.  
Allí estaba el conocido letrado:  
"Dos millas a Dunwich", la visión  
de los campanarios y tejadillos asomó  
delante de mí diez pasos más arriba...  
No hubo mano amiga que me ayudara  
Cuando me topé con la antigua senda,  
Cuando crucé la cima y descubrí  
Aquel valle de ruina y desolación;  
Tras al colina de Zaman surgía  
La mole enorme de una maligna luna,  
Alumbrando malezas y enredaderas  
Sobre ruinosas paredes jamás vistas por mí.  
Lucía tétrica en ciénagas y campos,  
Y unas aguas invisibles vertían vapores  
Ondulantes que me hacían dudar  
De mi antiguo amor por este lugar.  
Y desde aquella horrible región supe  
Que mi pasado cariño nunca había sido  
Y que me había alejado del sendero  
Que baja a aquel valle de la muerte.  
La niebla se escurría a mi alrededor,  
Arriba, luminosa, brillaba la Vía Láctea...

No hubo mano amiga que me ayudara  
La noche que descubrí la antigua senda.

### **A UN SOÑADOR**

Reconozco tu rostro, tranquilo y pálido,  
En el reflejo luminoso de la vela;  
La negra sombra de tus párpados, bajo esa cortina  
Están los ojos que no ven utilidad a este mundo.  
Y mientras observo, ansío conocer  
Los caminos por donde tus sueños van,  
Las tenebrosas regiones que tu imaginación ve  
Con los ojos velados por la rutina y por mí.  
Pues del mismo modo, yo contemplo en sueños  
Cosas que mi memoria no podría guardar,  
Y desde la penumbra intento vislumbrar  
Las imágenes que aparecen ante tus ojos.  
Yo, que conozco demasiado bien la cumbre de Thok;  
Los valles de Pnath, donde los sueños se reúnen;  
Las criptas de Zin; y así, pienso  
Por qué tus rezos se dirigen a la llama de la vela.  
¿Pero, qué es lo que se desliza quedamente  
sobre tu cara y tus barbudas mejillas?  
¿Qué miedo distrae tu mente y tu corazón,  
y te hace llorar con repentino temor?  
Viejas visiones se despiertan...Ante tus ojos  
Brillan las oscuras nubes de otros cielos,  
Y por alguna demoníaca perspectiva  
Me veo flotar por la noche encantada.

### **A KLARKASH-TON, SEÑOR DE AVEROIGNE**

Una negra torre descolla entre tenues bancos de nubes  
Alrededor un inmaculado, opresivo bosque.  
Sombra y silencio, moho y putrefacción, una mortaja  
Gris sobre antiguas lápidas hace tiempo desmoronadas;  
Ningún pie ha hollado, ningún trino ha despertado  
La mortal soledad de esta noche eterna,  
Pero a veces se agita el aire con tembloroso bullir  
Cuando en la torre brilla un mortecino destello.  
Aquí, en soledad, mora aquel cuyas manos han trazado  
Extrañas obras que estremecen al mundo;  
En espantosos, indescifrables jeroglíficos ha revelado  
Lo que acecha más allá de los abismos estelares.  
Oscuro Señor de Averoine tus ventanas se abren  
A ensoñaciones que ningún otro puede acoger.

## PSYCHOPOMPOS

Yo soy el que aúlla en la noche;  
Yo soy el que gime en la nieve;  
Yo soy el que nunca ha visto la luz;  
Aquel que surge de lo más hondo.  
Mi carro es el carro de la muerte;  
Mis alas son las alas del miedo;  
Mi aliento es el aliento del norte;  
Mi presa es lo frío y lo muerto.

En la antigua Auvernia, cuando las escuelas eran pocas  
Y los campesinos temían lo que no sabían explicar,  
Cuando los nobles vivían lajos de la corte del Rey,  
Aislados en solitarias fortalezas,  
Moraba un hombre de rango en un castillo  
Bajo el calmo crepúsculo de un añoso bosque.  
Su nombre, De Blois; su linaje, noble y vasto,  
Orgullosa herencia de un honroso pasado;  
Pero siempre, ahora y antes, se murmuró  
Que el Sieur De Blois no era como los demás.  
Persona siniestra y flaca, de pelo lustroso  
Y reluciente, blanca dentadura que a menudo mostraba;  
De ojos penetrantes y furtiva gracia,  
Da su boca salía el dulce, suave idioma francés;  
El Sieur era poco estimado y poco visto,  
Tan celosamente guardaba su propia intimidad.  
Los criados del castillo, pocos, discretos y viejos,  
Cuentan una antigua y extraña historia  
Donde están sus señores y a los que antes sirvieron.  
Estas habladurías nacieron como muchas otras,  
Impregnadas de un halo de misterio y envidia;  
Patrimonio de lenguas venenosas y afiladas  
Los rumores se alimentaron de pocos hechos.  
Se decía que el Sieur había sido visto  
Cerca del río y en mitad de la noche,  
Con aspecto tan indecible y mirada tan extraña  
Que los lugareños se santiguaban al verlo,  
Aunque ninguno sabía decir con claridad  
Por qué lo hacían, o por qué temblaban.  
Se rumoreaba que De Blois despreciaba los rezos  
Y que no iba a misa el día del Sabbath:  
Pero no se puede afirmar nada  
Pues en su casa no había capellán, cura ni monje.  
Pero si el señor tenía dudosa fama,  
Más temida y odiada era su noble dama;  
Tan siniestra como él, de facciones salvajes y firmes,  
Dotada de una gracia oscura y sobrenatural,  
La altiva señora desdeñaba el ambiente rural

Y a los que trataban, en vano, de averiguar su origen.  
Las comadres decían que sus ojos brillaban demasiado  
Y los chiquillos temblaban al escuchar su risa;  
Richard, el enano (sujeto poco creíble),  
Juraba que se movía como una serpiente,  
Mientras que el viejo Pierre (la edad le provoca desvaríos)  
Decía que era más perversa que su marido.  
Pero aún eran más absurdos los chismes  
A los que se entregaba gratuitamente el populacho,  
Las mentiras y murmuraciones sibilinas,  
Los cuchicheos... Historias difíciles de probar  
Pero que las comadres creían a pie juntillas,  
A pesar de llegarles de segunda mano.  
Y así, se fue extendiendo la leyenda que aseguraba  
Que la señora De Blois echaba mal de ojo;  
Incluso, furtivamente, llegaban a sugerir  
Que en su pecho anidaba el germen de la brujería.  
La vieja Meré Aflard (medio bruja también) decía  
Que la dama tenía extraños tratos con la muerte.  
Así vivían los dos, como tantos otros  
Que rehuyen la fama y la vida en sociedad.  
Desdeñaban los recelos de los campesinos  
Y sólo querían una cosa... ¡que les dejaran en paz!  
Sucedió en la Candelaria, la época más triste del año,  
El otoño había pasado, la primavera quedaba lejos,  
Cuando el pequeño Jean, primogénito del alcalde,  
Cayó irremisiblemente enfermo.  
Pacos imaginaban que un joven tan alto y fuerte  
Estuviese ahora tan cerca de la muerte,  
Mas pálido yacía, sin motivo ni razón,  
Mientras los galenos indagaban con desesperación.  
El dolor que todos sentían no podía borrar  
Las sospechas, los chismes de la vieja bruja,  
Pues se decía, y era el dominio de todos,  
Que la señora De Blois cabalgaba el día anterior  
Con una apariencia sobrenatural y salvaje,  
Y que se detuvo ante la puerta donde deliraba el joven  
Y que en su boca se dibujó una torcida sonrisa,  
Desfigurando su altivo rostro en una mueca burlona.  
Todo esto se murmuraba cuando la madre gritó:  
La muerte había llegado, llevándose el tierno espíritu;  
Con pena desgarradora lloró la abatida mujer  
Mientras que su querido niño yacía entre santos y ángeles  
El cura del pueblo ofició los funerales  
Y el bueno de Michel hizo un ataúd de madera de tejo  
Entre cirios y velas reposaba el cadáver.  
Mientras lloraban las plañideras y gemían los padres  
Pronto pasaron todos ante la humilde casa  
Dejando sola a la madre con su niño muerto.

Medianoche era cuando sobre el valle  
Estalló la tormenta con furia salvaje;  
La nieve caía en furiosas ráfagas  
Y el relámpago lucía entre blancos copos;  
Un terrible presagio parecía cernirse ominoso  
Mientras el trueno retumbaba con tétrico pavor.  
En la casa del muerto las velas ardían  
Y una madre dolorida lamentaba su pérdida,  
Sus ojos irritados incapaces de llorar más,  
Incapaces de ver, de cerrarse y dormir.  
En el fragor de la tormenta el reloj dio las tres  
Cuando cerca del muerto algo se escurrió;  
Una cosa incierta que palpaba el aire  
Y que subió a la mesa donde yacía el cadáver;  
Con trémulas convulsiones trataba de dar  
Con el frío cuerpo que la muerte dejó atrás.  
La madre despertó de su frágil sueño,  
Incapaz de pensar, todavía aturdida;  
Pero vió aquel ser venenoso y se percató  
De los glotonos deseos que parecía tener:  
De un certero hachazo hendió la serpentina cabeza  
Gritando salvaje mientras la criatura gemía.  
El reptil herido huyó siseando,  
Ocultando su cuerpo maltrecho en mitad de la noche  
Las semanas pasaron y se empezó a murmurar  
Que el señor De Blois era un hombre cambiado  
A menudo paseaba por el pueblo con extraño porte  
Abriéndose paso por el gentío.  
Se le veía mucho más que antes  
Mas de su dama nada se sabía.  
Con el paso del tiempo creció la sospecha  
De que atendía con interés lo que se decía en la villa,  
Así que no fue cosa extraña  
Que se enterase de lo que sucedió al alcalde y su esposa:  
La siniestra historia, y su horrible final,  
Estaba en boca de todos los lugareños.  
El señor la oyó en silencio y partió con el ceño fruncido,  
Y nadie le volvió a ver durante muchos días.  
Cuando el sol primaveral vertió alegres rayos  
Y los mágicos calores borraron la nieve  
Un nuevo horror se hizo visible a las gentes,  
Pues entre la hierba húmeda y embarrada  
Yacía (preservado por el frío manto invernal)  
El cadáver de la siniestra dama De Blois,  
Su orgullosa frente partida en dos  
Por un golpe certero y mortal.  
De mala gana llevaron su cuerpo maltrecho  
Hasta las pétreas puertas del castillo,  
Donde los silenciosos criados lo recogieron,

Estremeciéndose, con más pena que asombro;  
El señor miró a su dama con ojos inflamados  
Y casi sin inmutarse, tembló en él la ira.  
(Al menos eso dijeron los labriegos  
cuando contaron la historia a sus mujeres).  
La gente se preguntaba por qué De Blois no dijo nada  
De la pérdida de su esposa y su horrible pena;  
Y entre murmuraciones se llegó a decir  
Que el tétrico señor se culpaba a sí mismo.  
Pero pocas esperanzas se tenían de aclarar  
Un crimen tan oscuro; y así pasó el tiempo:  
La horrible historia iba de boca en boca,  
Y era más el miedo y el asombro que la pena.  
Pronto el sol fue debilitándose y dio paso al invierno,  
Que se apoderó del páramo con garras de hielo.  
Diciembre trajo consigo la alegría navideña  
Y las gentes contentas saludaron el nuevo año;  
Pero cuando la Candelaria fue acercándose  
Los viejos, al calor de la lumbre, recordaban cosas.  
Pocos habían olvidado aquella terrible sucesión  
De acontecimientos que tuvieron lugar el año anterior  
Y más de uno miraba con intensidad la casa  
Donde vivían el afligido alcalde y su esposa.  
Al fin llegó el día, y el cielo se cubrió  
De oscuros presagios y amenazantes nubarrones  
Los bosques cercanos gemían al compás del viento  
Y un terror opresivo se cernía en el aire.  
Las sencillas gentes, sin saber por qué,  
Pasaban de largo ante la casa del alcalde;  
En el interior, una afligida pareja lloraba  
La falta del niño que ya siempre soñaba.  
Una oscuridad profunda y tétrica se desparramó  
Desde lo más hondo de la creciente tormenta;  
Extraños lamentos llenaron los vientos sin lluvias,  
Y los aterrados viajeros no se atrevían a mirar atrás.  
Sobre los campos, furiosa, rugió la tempestad;  
El río batía con fuerza las trémulas riberas;  
Terrible la tormenta bramó en mitad de la noche  
Helando la sangre de los que escuchaban;  
Arboles enormes fueron barridos como hojas,  
Y el vagabundo buscó tembloroso un refugio.  
De pronto cayó una calma repentina en mitad de la furia  
Y el rugir del viento se tornó suave gemido;  
Lejos, cerca del río que riega los campos del pueblo,  
Se oyó un nuevo aullido, profundo y lejano;  
Y los que escuchaban atentamente se estremecieron  
Acurrucándose en la espectral oscuridad,  
Pues todos sabían con funesta seguridad  
¡Que aquellos gemidos provenían de los lobos!

Los campesinos escuchaban con atención  
La horda de lobos que llegaba desde el río;  
Sobre las aguas un coro de aullidos  
Rasgó el aire y se desparramó por los páramos:  
Con los ojos como brasas avanzaron las criaturas,  
Clamando al aire su hambre salvaje.  
A la cabeza del grupo surgió un poderoso ejemplar  
Que parecía mandarles con voz potente;  
Los demás lobos obedecían sus bestiales aullidos  
Y formaron columnas en orden de batalla:  
No atacaron a nadie pero silenciosos marchaban  
Sobre los campos gélidos con un solo propósito.  
En línea recta avanzaron por las calles del pueblo,  
Su trotar fantasmagórico lleno de vigor;  
A través de los postigos miraban los lugareños  
Y su miedo se tornaba desconcierto.  
Al fin la manada descubrió su objetivo  
Y el aire se llenó de un profundo aullido;  
Los campesinos, sorprendidos, observaban la horda  
Que se reunía en una de las granjas del lugar:  
Y pronto se propagó el terrible rumor,  
¡Aquella era la granja del alcalde!  
Los demonios ululantes dieron vueltas y vueltas  
Mientras su jefe trepaba por la hiedra del muro;  
El viento frenético batió con más fuerza,  
Susurrando locuras sobre los doblados tejos.  
En la casa indefensa, el alcalde esperaba  
La horda salvaje, confiado a su destino,  
Pero su aterrada mujer revivía callada  
Otro monstruoso pasado y otra lejana escena;  
A través del rugido del viento sobre los muros  
Recordó a la dama y aquella terrible serpiente:  
Y entonces, como si adivinara el pensamiento,  
El lobo, fauces abiertas, atravesó la ventana.  
Lleno de rabia asesina, por la habitación,  
Saltó el demoniaco ser en busca de su esposa;  
Con terrible anhelo olisqueó su presa,  
Cerca del sitio donde reposaba el cadáver.  
Con furia renovada rugió la tempestad,  
Arrastrándose entre las colinas, soplando en el valle;  
La vieja casa se estremeció, la jauría  
Estalló en un furioso profundo aullido.  
Rápidamente el valeroso alcalde se interpuso  
Ante el lobo con un arma en sus manos.  
La misma hacha que antaño se usara  
Sirvió otra vez para acabar con el monstruo.  
La bestia, con el cráneo hendido, se desplomó  
Sobre el suelo, tan quieto como la muerte;  
La esposa indemne dejó de gritar,

Desmayándose en los brazos de su marido.  
Pero entonces toda la casa se estremeció  
Y con furia titánica la tempestad rugió:  
Los muros se quebraron y sobre los hombres  
Cayó toda la barbarie de la tormenta.  
La manada de lobos avanzó con paso tétrico,  
Y en cada rostro podía verse hambre y muerte  
Pero entonces, sobre la horrible noche,  
centelleó un haz de inesperada luz:  
todos pudieron ver con claridad la escena,  
haciéndole temblar con nuevos miedos.  
Sobre la oscuridad resaltaban las chimeneas,  
Dibujadas sobre la brillante luminosidad,  
¡Y aún seguía colgado el sepulcro familiar,  
La imagen del Salvador y la Cruz divina!  
Sobre los muros descompuestos brilló el fulgor  
Haciendo que las bestias dejaran de avanzar:  
Los monstruos sorprendidos quedaron quietos;  
¡Y se esfumaron en el aire vacío!  
Los lugareños oraban enfebrecidos,  
Rezando el rosario una y otra vez.  
Pronto desapareció la luz y el fulgor  
El tiempo del horror y la muerte había pasado.  
Asombrados y pálidos, de sus socavados muros  
Salieron el buen alcalde y su esposa:  
Las gentes los cuidaron con cariño y por la villa  
Se extendió una extraña sensación de paz.  
La maravilla y el miedo siguió en sus sueños,  
Hasta que los rayos de la luna abrieron las nubes.  
Aquí se para el viejo en su cháchara,  
Confundido con la edad, la historia a medio contar;  
Los que escuchan se impacientan por saber el final,  
Temiendo que no sea una historia, sino dos;  
El debe saber qué la sucedió al siniestro señor  
Cuyos extraños designios crearon el cuento,  
Y se asombra de que la crónica despierte interés  
Como para seguir hablando del lobo nocturno.  
Su vieja esposa, ante la solicitud de los oyentes,  
Asiente tétricamente, y sigue reviviendo  
Sucesos más extraños del final de la historia  
Sobre el lobo y el alcalde, milagro y tempestad.  
Cuando (continúa) los rayos del amanecer  
Impregnaron la escena de tanto horror,  
Los aterrados labriegos que vieron las ruinas  
Encontraron entre los escombros una nueva maravilla.  
Desde los muros caídos unas huellas rojas,  
Las del lobo herido, salían sin rumbo fijo;  
Sobre el camino erraban las huellas  
Hasta perderse en los alrededores pantanosos:

Asombrados, los curiosos se fueron,  
Pues lo que de allí salía jamás retornó.  
De nuevo el viejo, entornando los ojos,  
Hace una pausa para ver un halcón en el cielo;  
Los asustados oyentes se impacientan  
Y esperan el desarrollo de la historia.  
El cronista atiende los ruegos de la gente  
Y sigue murmurando extrañas cosas de su cuento.  
¿El señor? Ah, si... en vano aquella mañana  
sus temblorosos criados rastrearon el páramo;  
nadie le ha vuelto a ver desde que huyó  
en silencio en la oscuridad que precede al día,  
su caballo, inquieto y extrañamente asustado,  
volvió solo aquella noche desde el río.  
Su perro de caza, aullando tristemente,  
Vagaba por el pantano, embargado por la pena.  
Las gentes hicieron suposiciones, mas nada decían;  
Los sirvientes buscaron en vano:  
Pues el señor De Blois (y su esposa también)  
Jamás fue visto por nadie nunca más.